

apreciable, que es la salvacion eterna, por viles y momentáneos placeros? Yo os aseguro que me lleno de espanto y de terror al leer en las sagradas páginas los terribles castigos que aun en la presente vida ha mandado el Señor á los impuros, y esto me hace conocer que es uno de los pecados que mas irrita su justa cólera. No se contenta con el castigo eterno del infierno, sino que á él añade y antepone castigos temporales. ¿Cuál fué la causa de que en los dias de Noé enviase Dios un diluvio sobre la tierra, que hizo perecer á todos los mortales, escepto los refugiados en el arca? Bien claro se nos manifiesta en el sagrado libro del Génesis. La causa fué la lujuria, la sensualidad de la carne. Oid el sagrado testo: «Y como vió Dios que la tierra estaba corrompida, porque toda carne habia corrompido su camino sobre la tierra, dijo á Noé: llegado es delante de mí el fin de toda carne: la tierra está llena de iniquidad y yo la destruiré (1)»

¿Cuál fué la causa de enviar el Señor fuego del cielo sobre las ciudades de Pentápolis? ¡Ah! los habitantes de aquellos pueblos habian llegado al último grado de la depravacion, pervirtiendo hasta el orden de la naturaleza; é irritada la cólera del Señor, las consume, reduciendo todo á escombros y ruina por el fuego y el azufre (2). Ni aun quiere que la vista de los que han sido por su justicia libres del castigo, se fije sobre aquellas ciudades pecadoras, y la mujer de Lot que volvió la cabeza para mirarlas, quedó convertida en estatua de sal (3).

(1) Génes. cap. VI, v. 12 y 13.

(2) Ibid. cap. XIX, v. 24.

(3) Ibid. v. 26.

Bastan, mis hermanos, estos ejemplos bíblicos para que detesteis el pecado de la lascivia y os decidais á vivir cristianamente en pureza y santidad. No provoquais la ira de Dios sobre vosotros, ni os espongaís á que cansado de sufriros corte repentinamente el hilo de vuestra vida, y os arroje á las lóbregas mansiones del infierno, lugar preparado para el réprobo, para el lascivo que no lloró amargamente sus pecados é hizo por ellos saludable penitencia.

No olvidéis que si por el sexto mandamiento de la ley de Dios se nos prohíbe todo acto impuro, por el noveno se nos prohiben tambien hasta los deseos consentidos. No desearás la mujer de tu prójimo, nos ha dicho el Señor; y os cité al principio sus terminantes palabras, con las que nos dice que el que mira una mujer con deseo de pecar con ella, ya cometió adulterio en su corazon. Procurad, pues, huir de aquello que conduciros pueda á la lascivia: yo conozco que no podemos apartarnos de nuestra carne, que es uno de nuestros mayores enemigos. No obstante y para concluir, yo os indicaré como os ofrecí al principio, los medios conducentes á estirpar vicio tan funesto, los remedios mas oportunos para salir victoriosos de la batalla de nuestras propias pasiones. Aplicándoos estos saludables medicamentos, conseguireis lo que muchos consiguieron, que es el triunfo del espíritu sobre la carne.

Lo primero que debe procurarse es evitar todo aquello que puede escitar las pasiones, como es la ociosidad, la gula y todo trato que sea peligroso. Es una verdad que conoceis, que el hombre cuando está dedicado al trabajo, ó á alguna ocupacion, que le in-

vierta el tiempo, tiene aplicada su imaginacion á lo que hace, y rara vez se le distrae á pensamientos pecaminosos. Por el contrario, el que pasa una vida ociosa y regalona, con facilidad es arrastrado al vicio que combatimos, y no piensa en otra cosa que en los placeres y deleites: el exceso en las comidas y bebidas es sabido que tiene las mismas consecuencias. Por esto los que se dedicaron en todo tiempo á la perfeccion y desearon triunfar de sus pasiones, pasaron una vida de continuos ejercicios y mortificacion, ayunando con el mayor rigor. En cuanto á los tratos ó amistades peligrosas, ¿cómo se han de sostener sin caer en el pecado al menos con el deseo? Ved aquí por qué los ascéticos y maestros de la vida espiritual encargan tanto la pronta huida de aquellas personas ó lugares donde se conozca que hay peligro, procurando siempre apartar la imaginacion y la vista de aquellos objetos que puedan arrebatarse la atencion. Léese en las vidas de algunos santos que jamás miraron cara á cara á una persona del otro sexo; y el angélico San Luis Gonzaga no miraba ni aun el rostro de su misma madre. Toda precaucion es poca en este asunto.

El hombre si bien nada puede por sí, lo puede todo en el Señor, como de sí asegura el Apóstol (1): por lo tanto la gracia de Dios es indispensable, si hemos de resistir á las tentaciones del enemigo de nuestras almas, y hemos de conseguir el triunfo y la victoria. ¿Y cómo conseguiremos esta gracia y soberanos auxilios? Por la oracion: en la escuela de la oracion aprendieron los santos la perfeccion, y en ella se armaron de valor para sostener los mas terribles com-

(1) Ad Philip. cap. IV, v. 13.

bates. Por esto la oracion es el segundo remedio que debeis aplicaros para triunfar de las pasiones. Orad con fervor y acercaos con frecuencia al tribunal de la penitencia y á la sagrada mesa donde se os ofrece el convite eucarístico: así de este modo vuestra alma se fortalecerá, y el Dios que se une á vosotros por medio de la comunión, os colmará de celestiales auxilios, con los cuales vereis postrados á vuestros piés los enemigos de vuestra salvacion, y ceñireis en vuestras sienes el laurel de la victoria. No dejéis que la tentacion se apodere de vuestro corazon, sino volverla en el momento las espaldas: en el instante en que el demonio trate de seduciros, fijad vuestra atencion en las postrimerías como remedio que nos dá el Espíritu Santo para no pecar (1). Recordad la brevedad de la vida del hombre, y que á la muerte se seguirá infaliblemente el juicio, de donde habeis de salir premiados ó castigados, pero con sentencia que durará toda la eternidad. Yo os aseguro que este pensamiento apagará el mortífero fuego de vuestras pasiones; y no puede ser de otro modo, puesto que como hemos dicho, es doctrina del mismo Dios contenida en las páginas de la Escritura santa. Por último, tened presencia de Dios, que tanto recomiendan los maestros de espíritu: en todas vuestras acciones, en todos vuestros actos considerad que el Señor está presente. Ya sabeis que por su inmensidad se halla en todas partes, y que nada puede ocultarse á su mirada penetrante. Con este pensamiento y representacion no os atreveréis ciertamente á cometer ninguna accion impura, porque si os guardais de cometerla delante de los hombres que son

(1) In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in æternum non peccabis. Eccli. cap. VII, v. 40.

vuestros semejantes, mucho menos os atreveréis á pecar delante del Dios que nos manda ser puros y que nos ha de juzgar. En la Santísima Virgen que por su singular pureza mereció ser Madre de nuestro Dios, teneis una protectora benéfica, dispuesta á defenderos y acogeros bajo su manto de misericordia. Invocad con el de Jesus su nombre; procurad merecer su protección por una vida cristiana, y nada tendreis que temer, puesto que es como la llama la Iglesia, el auxilio de los cristianos; rogará á su Divino Hijo por vosotros; os alcanzará gracia de perseverancia en el bien obrar, y os hará acreedores á la participacion de la gloria. Amen.

PLÁTICA

SOBRE

EL SÉTIMO Y DÉCIMO PRECEPTOS DEL DECÁLOGO.

Non furtum facies.

No hurtarás.

Exod. cap. XX, v. 15.

Dios, M. A. O., que es el dueño del universo, que nos ha formado á su imájen y semejanza y que con su paternal Providencia nos sostiene, nos ha impuesto leyes que estamos obligados á obedecer. Llegará un dia en el que nos pida estrecha cuenta de nuestra correspondencia á sus gracias y á sus dones. Cuando sea su voluntad soberana, tal vez cuando estemos mas tranquilos y descuidados, nos llamará á juicio y nos dirá como el señor de que habla San Lucas en su Evangelio á su mayordomo: «dá cuenta de tu administracion, y del modo como has cumplido los deberes que te impuse, cuando te admití á mi servicio.»

Si consideramos atentamente por una parte la ley evangélica y las obligaciones que impone, y por otra la estrecha cuenta que se nos ha de exigir del modo como la hemos cumplido, no podemos menos de llenarnos de temor. Concediéonos el Señor el tiempo